



ENCAPOTADO

Sofía Lancho

ENCAPOTADO



Primera edición: septiembre de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Sofía Lanchjo

ISBN: 978-84-19439-60-4

ISBN digital: 978-84-19439-61-1

Depósito legal: M-23839-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para todos los que seguís sin explicaros
de dónde saco tiempo para escribir.
Espero poder daros la respuesta algún día.*

ME LO COMÍ

Era un hombre de los que llevan el caparazón por fuera, pero con una cremallera fácil de abrir para los dedos largos y finos que, tirón a tirón, iban sacándole el dulce relleno. Lo consumió en grandes dosis, siempre amasando y redistribuyendo el resto para que no lo notase. Cuando introducir los dedos, las manos y los brazos ya no fue suficiente para alcanzar más relleno, y él apenas podía desnudarse por miedo a caer derrengado, codició la rígida carcasa. Con los años, él la había ido engalanando, capa tras capa, para tapar la ruina que se le había generado dentro. A caricias, ella le iba desgastando un adorno tras otro, respuntes y cierres, hasta que dejó de ser vistoso y, finalmente, se desmoronó sobre las cuevas interiores, demasiado endeble para sostenerlo. Derrotado, seguía creyendo que sus caricias lo curarían, que las sonrisas lo llenaban y protegían. Ella se mojó los labios con la lengua, delineó sus dientes duros y pálidos, y se acercó para terminar lo que había empezado mirándolo a los ojos. Los primeros mordiscos, apenas pellizcos juguetones, se llevaron solo trocitos de piel, pero el hambre arreciaba en un frenesí de sangre y hueso. El

poco relleno que había quedado fuera de su alcance y había intentado multiplicarse desesperadamente a base de cariño ocasional, lo dejó para el final.

SANGRIENTO

Mientras ella se adornaba, él, de rodillas, le sujetaba los frascos, pinceles y joyas que iba pidiendo. Bajo las mangas pulcramente planchadas de su chaqueta, ocultaba los vendajes gruesos con los que intentaba sanar los arañazos que ella le hacía de vez en cuando, sin querer, al alargar la mano demasiado rápido y sin volver la cabeza. A base de tintorería y lavadora, también había logrado esconder las manchas de sangre que a veces escapaban a los apósitos de su espalda y se colaban en camisas y sábanas. También había adoptado un nuevo perfil de barba que impedía que se vieran las cicatrices allí donde los besos sanadores se habían infestado de mordiscos.

Sin embargo, la sangre seguía manando, siempre buscando la superficie, empapando y sobrepasando una trinchera tras otra, llevándose consigo las fuerzas, solo mantenidas a base de revueltas agitadas que lo sacudían desde dentro para recordarle, a veces a su pesar, que seguía vivo, y que aún podría huir arrastrándose sobre sus rodillas insensibles, si tan solo vaciase sus manos para impulsarse lejos de las espaldas de su amante.

Desoyó de nuevo el clamor. Cerró los ojos y bajó la cabeza. Envió toda la conciencia que le quedaba a sus brazos, a

sus manos. Por el camino, el esfuerzo abrió viejas cicatrices. La sangre le cerró el ojo de un lametazo caliente y pesado. El cuello se le aflojó. La melaza pegajosa pintaba sus manos en gruesas capas sin secar. La última joya que le habían pedido hipaba entre sus dedos acalambrados; apenas podían sentirla, pero debía mantenerla, hasta que ella la tomase. Ojalá fuese pronto, y ojalá no se girase, y ojalá no viese que se había manchado con su sangre.

EN MI DIARIO

Palabras y frases
tachadas
o enmendadas
escritas con tu caligrafía,
no sé si de tu mano
o de la mía.

FÉNIX

Alcé la cabeza mientras sacudía el polvo
gris
de mis alas
rojas,
y allí estabas, todo ojos y boca.
Nunca creíste mis historias,
ni viste la ceniza
que, como sangre
de enemigo,
adornaba
mis plumas cuando estaban
más brillantes.
Dices protegerme
con extintores
de la destrucción.

PRISIONEROS

Se arrodilló procurando mantener la antorcha lejos del prisionero. La dejó en el suelo y, con una sonrisa paciente, esperó a que se destapase los ojos llenos de lágrimas.

—¿Estás segura de que esto es buena idea? —El carcelero se retorció los dedos, replegados sobre el pecho. Comprobaba una y otra vez la distancia que lo separaba de uno de los reclusos liberados, un ser pequeño, estrecho y de tez pálida e inexpresiva que torcía un pie hacia dentro cada vez que se detenía.

—Es la mejor idea —dijo ella suavemente.

Las manos del prisionero extendieron las lágrimas uniformemente por sus mejillas y su boca, y finalmente cayeron en su regazo. El rostro que habían ocultado era redondo, ocupado casi por completo por un par de ojos casi translúcidos, enormes y húmedos, que apenas dejaban hueco al boceto de una boca y el pequeño triángulo brillante y enrojecido de la nariz.

—Pero... Todos estos... Ya sabes... —explicó sin dejar de mirar a los liberados—. Nadie los quería campando a sus anchas por ahí. Además, lo pasaban aún peor fuera.

—Eso es porque los trataban mal; no permitiré que vuelva a pasar.

—No puedes hacer eso. Las normas dicen...

—Esas normas no están escritas en ningún sitio.

—¡Sus reacciones las dictan! —se defendió el carcelero—.

No podemos permitirnos que los visitantes...

—Los visitantes no deberían tener ningún poder de decisión aquí.

El prisionero se encogió al oírla alzar la voz y volvió a taparse la cara. Ella le apartó la mano con una caricia. Tenía los ojos aún más enrojecidos y húmedos.

—Además —continuó con voz más suave—, todos ellos —dijo amparándolos en un gesto— son hermosos a su manera. Nadie debería arrebatárles el derecho de andar libremente dentro de su hogar.

Se levantó y tendió una mano al prisionero, que le dio la suya tras un momento de duda y se levantó, vacilante. Con un beso en la diminuta frente y una caricia en la mejilla, lo invitó a unirse a sus otros compañeros, que esperaban mansamente en la puerta.

—¿Queda alguno más?

El carcelero cambió el peso de pie a pie sin decir nada.

—¿Quién es?

—Bueno... El que queda —dijo señalando vagamente hacia la única puerta cerrada— no es como estos. Estos simplemente molestaban a los de fuera, pero este... Este es más... destructivo.

—¿Y qué es lo que quiere destruir?

—No lo sé, ¿cualquier cosa? Es difícil saberlo.

La mujer guardó silencio un momento mientras estudiaba su rostro. Él apartó la vista.

—Es peligroso para los demás; los de fuera; ya sabes, para todos vosotros—dijo remarcando el «vosotros»—. No te va a gustar que ande suelto.

La chica se acercó al carcelero y lo encaró.

—No estoy aquí para liberar solo a los prisioneros que me agradan. Estoy aquí para que puedas dejar de pasar los días y las noches aquí abajo.

El carcelero rehuyó sus ojos.

—Si vas a entrar —murmuró—, has de saber que hace mucho que no me acerco por aquí. Ni siquiera a darle de comer.

—Y aun así sigue vivo. Y merece vivir en condiciones adecuadas.

El carcelero asintió.

—Si lo liberas...

—...dejarás de ser su carcelero. Podrás salir con todos ellos y ver por ti mismo a tus visitantes —sonrió ella alzándole la barbilla con un dedo.

Sin apartar la vista de los ojos de él, alargó la mano y accionó el picaporte.